

4 aquí y ahora

Catalunya. ¿Hacia dónde?

Josep Maria Antentas

1. Señalar que la manifestación del pasado día 11S marca un punto de inflexión en la historia de la sociedad catalana es ya un tópico. Testimonia el ascenso continuado del independentismo en la sociedad catalana en los últimos años fruto de la percepción generalizada, tras el fallido proceso de tímida reforma del Estatut, de que no hay posibilidad de reformar España en un sentido democrático y plurinacional, en un contexto de ausencia de referentes políticos, culturales y sociales españoles fuertes, partidarios de la libre convivencia voluntaria de los pueblos.

A ojos de gran parte de la sociedad catalana la “independencia” aparece como la única opción alternativa posible en la España actual. Paradójicamente, aunque ésta sea la fórmula más rupturista con el actual marco legal, se percibe como mucho más creíble que cualquier otra propuesta de reforma “desde dentro” del marco constitucional, como las de un improvisado y poco creíble “federalismo” de última hora del que hacen gala ahora los sectores más inteligentes de la clase dominante y la “clase” política española.

Retrospectivamente, hay que fijar el inicio de toda esta dinámica de ascenso, primero del soberanismo y luego directamente del independentismo, en la crispación españolista del período de Aznar, cuya mayoría absoluta en el año 2000 se estrenó, recordemos, con la simbólica decisión de organizar el desfile militar del ejército español en Barcelona el 27 de mayo. La derecha española hizo del nacionalismo y la demagogia españolista el eje pivotal de su proyecto político-cultural y el principal resorte ideológico para cohesionar y articular su base social y su hegemonía. Útil en el corto plazo, sin embargo, en términos históricos la política de la derecha española habrá significado “pan para hoy y hambre para mañana” y una política de tierra quemada.

El ascenso del independentismo en Catalunya transcurre en interrelación estrecha (aunque contradictoria) con la crisis económica y social, y el malestar social generalizado ante ella, que hace chirriar todas las estructuras del Estado, incrementa las tensiones entre administraciones y territorios, violenta las

reglas del juego democrático, fuerza a la derecha catalana a buscar chivos expiatorios, alienta a la rebelión social y, por encima de todo, transmite la sensación de que el Estado español es un barco con vías de agua cada vez difíciles de contener, con un capitán al mando debilitado, y un proyecto fallido a la deriva.

2. La manifestación del día 11S ha provocado un giro del debate político centrado en la cuestión nacional, en unos términos desconectados de la cuestión social y de la lucha contra los recortes. Esta foto, sin embargo, no va a permanecer fija. La convocatoria de la huelga general del 14N y la inminencia del rescate total al Estado español volverán de nuevo a colocar también la cuestión social en el centro de la política catalana y española. Crisis económica y crisis del modelo de Estado van a combinarse, a veces por vías paralelas, otras interrelacionadas y otras de forma contrapuesta en el marco de una dinámica que va conformando una crisis de régimen.

Antes del 11S, CiU experimentaba una tendencia real al desgaste debido a los recortes, aunque mucho menor que el sufrido por Rajoy, precisamente por su capacidad de plantear las políticas de austeridad como una consecuencia del déficit fiscal y de la mala financiación. La movilización del 11S le ha permitido dar un vuelco a la situación, desplazando todo el eje del debate político sobre la cuestión nacional y colocándose al frente de la ola independentista. Una ola, sin embargo, que no controla y que va mucho más allá de donde quisiera ir CiU. Ésta intenta capitalizar el malestar nacional y no perder votos entre sus bases independentistas pero, sobre todo, busca amortiguar el desgaste sufrido por los recortes y desactivar el conflicto social apelando a una falsa unidad nacional. El 25N, paradójicamente, Artur Mas podría convertirse en el primer presidente de un gobierno en Europa que después de una intensa política de recortes mejora sus resultados electorales.

La movilización del 11S ha desbordado a CiU en sus planteamientos, aunque esta ha sido lo suficientemente hábil para erigirse en la formación clave que se presenta como la única que puede llevar Catalunya a la independencia y -poniendo en marcha una lamentable operación de exaltación presidencialista de la figura de Mas, convertido de golpe en un “estadista” de alto nivel dotado de una misión histórica- llevar Catalunya a la “*plenitud nacional*”. Su misión histórica verdadera en realidad es mucho más prosaica: ser el ejecutor político de una inmensa reorganización social al servicio del capital financiero que derrite los restos del “modelo social europeo” en beneficio de una “latinoamericanización” de nuestra sociedad.

CiU, sin embargo, deberá gestionar una situación en la que el gran capital y el poder financiero catalán no quiere la independencia, para evitar situaciones de inestabilidad, y una base social que ha basculado hacia la opción independentista. De su capacidad de resolver esta tensión dependerán sus posibilidades de

cimentar una nueva mayoría político-electoral estable y duradera en el próximo período.

3. La manifestación del día 11S fue muy diversa en cuanto a su composición social e ideológica, en el marco de una predominancia de las clases medias en un sentido amplio del término, un componente popular importante y gran peso de la juventud. Su punto más débil fue la ausencia de cualquier contenido social que acompañara el grito de “independencia”. El sentimiento que expresaban los y las manifestantes frente a consignas contra los recortes era “hoy no toca”.

Ausencia de contenido social explícito no significa un contenido favorable a las políticas de ajuste. Gran parte de los y las manifestantes eran personas de izquierdas, contrarias a la política de CiU en el terreno social. Y tras la demanda independentista se expresa, a su manera, por parte de algunos sectores de la sociedad catalana un malestar por las injusticias sociales derivadas de la crisis. Aunque parte importante del movimiento transmite un discurso egoísta insolidario del tipo “España nos roba” y “ni un euro de los catalanes para España” que se cimienta sobre la real discriminación fiscal de Catalunya, no puede afirmarse en ningún caso que este fuera el tono global de la manifestación.

El problema de fondo radica en que la estrategia de la Asamblea Nacional Catalana (ANC), una plataforma independentista democrática desprovista de cualquier otro objetivo que la independencia (aunque internamente no es un espacio homogéneo y cuenta con el apoyo de personas vinculadas a la izquierda), favorece una subordinación o disolución de las demandas sociales a las nacionales que, de facto, beneficia a CiU y al independentismo sin contenido social estilo Solidaritat per la Independencia.

CiU y el gran capital sólo optarán por la vía independentista si no les queda más remedio y ninguna otra fórmula les permite contentar la aspiración popular. Pero tanto si van hasta el final en el proceso de ruptura, como si son capaces de encontrar fórmulas intermedias, lo que es seguro es que utilizarán la lucha nacional para intentar generar falsos consensos sociales, desactivar la protesta social, marcar la agenda política y social del país, y reconstruir su hegemonía política y cultural.

4. La izquierda política y social está mal situada para poder influir en esta dinámica y para disputar “batallas por la hegemonía”. El PSC, desgarrado por las tensiones entre su sector más catalanista y el más ligado al PSOE y a un “federalismo” voluntarista, carece de una propuesta creíble en el terreno nacional que se superpone a su falta de credibilidad como alternativa de izquierdas reformista portadora de otro modelo de sociedad, algo sobre lo que ni su sector catalanista ni su dirección oficial aportan ninguna solución, más

allá de tímidas críticas superficiales a los recortes de CiU que esconden mal sus recortes en los tiempos de gobierno. ICV-EUiA sí ofrece un discurso que liga lo social (aunque desde una limitada perspectiva reformista lastrada por un pasado gestor) con lo nacional y ha acentuado su defensa del derecho a la autodeterminación saliéndose de su corsé constitucionalista derivado de la Transición, pero carece de la fuerza social, cultural, militante, y electoral del PSUC de antaño y por sí sola no puede erigirse en una alternativa. La izquierda independentista expresada electoralmente a través de la CUP está destinada a convertirse en un actor relevante de la política catalana, en particular si como todo apunta se cumplen sus previsiones de entrar en el Parlament el 25N, pero tampoco tiene fuerza suficiente para pesar de un modo decisivo en los acontecimientos, como tampoco la tiene, obviamente, la izquierda anticapitalista y organizaciones como Revolta Global-Esquerra Anticapitalista. Por su parte, los sindicatos mayoritarios carecen tanto de una estrategia clara frente a la crisis como de una perspectiva de fondo para ligar sólidamente cuestión nacional y social y encabezar un proceso de ruptura social y nacional con la actual situación. Tampoco el sindicalismo alternativo o los movimientos y organizaciones sociales no tienen una política clara y activa sobre la cuestión nacional.

La crisis y la brutalidad del ajuste social y el ascenso de un independentismo desconectado de la lucha social que puede ser capitalizado por CiU ponen negro sobre blanco una necesidad perentoria: la reconstrucción de la izquierda catalana y de un proyecto político-social alternativo. En otros artículos volveremos sobre esta cuestión.

5. La falta de contenido social del movimiento independentista en ascenso abre la puerta a que la demagogia de PP o Ciutadans (C's) pueda avanzar entre algunos sectores de la sociedad catalana de origen castellanohablante que menos se identifican con la reivindicación nacional catalana. La reacción del PP, de C's y de todo el entramado mediático reaccionario español hace preveer un endurecimiento de su discurso. Una polarización en los barrios populares en torno al conflicto nacional (independentismo vs españolismo) tendría un efecto social devastador, que sólo favorecería a la derecha españolista o catalanista, como ya ocurre con la polarización interesada en torno a la inmigración.

Hay bases objetivas que pueden servir como puntal de apoyo para este escenario pero no es evidente, sin embargo, que el españolismo consiga crearlo. Una cosa es que una parte importante de la población trabajadora de origen castellanohablante no se identifique con la consigna de independencia y con la defensa del derecho a la autodeterminación (como lo muestran las débiles tasas de participación en las consultas soberanistas en algunos barrios obreros) y la otra es que se identifiquen con el españolismo rancio y sean manipulados

por éste. Hasta ahora, por ejemplo, los intentos de crear artificialmente un conflicto lingüístico en el sistema educativo fomentando las peticiones de escolarización en castellano se han saldado con un fracaso evidente. Por otra parte, tras su entrada en el Parlament de Catalunya en otoño de 2006 con 89.840 votos (3'09%), C's ha consolidado su espacio político (106.142 votos, 3,4% en noviembre de 2010), pero no ha experimentado un salto adelante significativo. Los problemas internos que tuvo el partido en sus primeros años, por el liderazgo personalista y autoritario de Rivera, pueden explicarlo en buena medida, pero también hay que achacarlo a los límites de su discurso. Está por ver si, en el nuevo escenario abierto tras el 11S, consigue un crecimiento electoral significativo que, en colaboración-competencia con el PP, le permita aglutinar un campo magnético político-electoral españolista.

Lo más preocupante, de todos modos, es que el peligro de una polarización social parece ser ignorado por el *establishment* independentista agrupado en la Asamblea Nacional Catalana (ANC) y en el conglomerado mediático catalanista o, al menos, no es valorado de forma suficiente para intentar prevenirlo. Precisamente es ahí donde la izquierda catalana debe marcar un perfil claro, planteando la necesidad de articular la defensa de los derechos nacionales y la mejora de las condiciones de vida de los y las trabajadoras.

Cuando el movimiento obrero, con una base fuerte entre la población inmigrante castellanohablante, era una realidad y un sujeto político central en la sociedad catalana este vínculo entre cuestión social y nacional aparecía como más automática y concordante y daba un rol relevante a la izquierda catalanista no nacionalista. Hoy, con un movimiento obrero burocratizado e institucionalizado y una clase trabajadora desestructurada ocurre lo contrario. El divorcio entre el 15M, débil en su comprensión de la cuestión nacional, y los sectores de la izquierda independentista que lo vieron, erróneamente, con desconfianza e incluso con hostilidad en muchos casos, es un buen ejemplo de esta situación de fondo.

Si en el campo de la izquierda alternativa es el independentismo quien tiene un contexto más favorable, en el de la defensa de los derechos nacionales se abre paso un discurso independentista sin contenido social (lo que no significa que sea de derechas o pro-CiU, atención ahí). Y, en sentido inverso, la desestructuración de la clase trabajadora, la despolitización, la pérdida de sus vínculos orgánicos con la izquierda tradicional, la incapacidad para la izquierda anticapitalista de llenar este hueco y la poca implantación obrera de la izquierda independentista, abre potencialmente la puerta al españolismo, aunque no está escrito que éste pueda aprovechar sus oportunidades.

6. En este escenario desde la izquierda anticapitalista y alternativa hay que plantear la necesidad de ligar cuestión social y cuestión nacional y de construir la cuestión nacional de forma diferente a la dominante. Frente a la indepen-

dencia como receta mágica el debate al que hay que forzar entrar a la derecha y al independentismo sin contenido es qué Catalunya queremos, qué modelo de país y de sociedad. Partiendo del discurso oficial hay que ir desgajando una propuesta alternativa que muestre las contradicciones y límites del independentismo sin contenido y las maniobras de Mas y que busque trasladar y ampliar el “derecho a decidir” a todas las esferas de la sociedad.

Catalunya no es una entidad homogénea sino una sociedad atravesada por contradicciones sociales. No vamos todos en el mismo barco o, si es así, algunos van en primera y están en la cabina de mando y otros viajan hacinados en las bodegas. ¿Cual es el sentido de que las mujeres catalanas en tanto que “catalanas” puedan decidir qué relación pueden mantener con España y en tanto que mujeres no puedan hacerlo sobre sus propios cuerpos? ¿Soberanía? Pues empecemos por defender la soberanía alimentaria frente al *agrobusiness*. ¿Control de nuestro destino? ¿Por qué no empezamos a hacerlo en el puesto de trabajo? Este es el tipo de contradicciones que hay que ir señalando para aprovechar el empuje democrático de la pulsión independentista y evitar que sea utilizada en contra de las luchas sociales anti-austeridad y de los procesos de deslegitimación del poder.

También hay que desarrollar una idea de nación en lo cultural distinta a la que dibuja el nacionalismo dominante, donde se combine la firme defensa del catalán con la de una Catalunya cada vez más plurilingüística y pluriétnica. No hay que caer ni en un “cosmopolitismo” abstracto que renuncie o minimice la defensa del catalán o de tradiciones “autóctonas”, ni compartir una visión de la “cultura catalana” cuyo horizonte se reduce a la sardana y poco más.

La gran contradicción de fondo a dismantelar es la ilusión europeísta que ve en la UE el garante de una plácida y tranquila independencia de Catalunya. Por un lado no está claro cuál sería la actitud de la UE frente a un proceso de ruptura, pero lo más probable es que ninguno de los grandes países claves de la UE, en particular Francia y Gran Bretaña, tuviera interés en favorecer una dinámica secesionista en el Estado español, para no dar alas a los problemas nacionales respectivos, y si lo hicieran se cobrarían con creces el favor. Por otra parte, la “independencia” de Catalunya bajo tutela de Merkel y la troika significaría una soberanía sin contenido, de la que Grecia es el ejemplo más claro, sin olvidar la situación subalterna de Estados independizados en el mundo de la posguerra fría como Eslovenia.

7. Entonces, ¿independencia? Para quienes en la izquierda catalana hemos defendido el derecho a decidir sin hacer del independentismo ningún a priori ideológico, señalando que la opción concreta a defender debería determinarse en función de lo que fuera más favorable a los intereses de la mayoría, ahora toca empezar a decidir lo que se decidirá. El “sí” a la “independencia” o a un “Estado propio” en un futuro referéndum aparece ahora como la opción de

mayor contenido democrático en las circunstancias actuales y de mayor potencial de ruptura. Pero debe ir acompañado siempre de dos cuestiones estratégicas de fondo. Primero, la defensa de un horizonte de libre federación de los pueblos de Europa (y del mundo) frente a un encierro-refugio en los Estados nacionales y en no hacer nunca de la independencia un fin en sí mismo, ni el centro de un proyecto anticapitalista, ni menos aún, una consigna que empuje hacia una matriz ideológica nacionalista. Segundo, el recordatorio que una perspectiva emancipatoria debe basarse en la extinción del Estado en tanto que institución, la socialización del poder y la creación de un nuevo tipo de institucionalidad a inventar.

8. Finalmente, no hay que olvidar las repercusiones estatales del proceso abierto en Catalunya y de las tareas para la izquierda de ámbito estatal. Es necesaria una acción decidida por parte de esta en defensa del derecho a decidir de Catalunya e insertar dicha perspectiva en los discursos tradicionales sobre la “III República” y en los debates actuales sobre la apertura de nuevos procesos constituyentes (al margen de que estos se estén dando sin medir bien la correlación de fuerzas real).

Se trata de evitar que el aumento del españolismo por parte del PP y su entorno sirva para *reaccionarizar* a las clases trabajadoras y populares del “centro” del Estado y, al contrario, intentar que el ascenso del independentismo catalán y la realización de un eventual acto de soberanía en Catalunya vía referéndum o consulta sirva también para desencadenar una crisis profunda de régimen y una ruptura democrática a escala estatal con el agrietado edificio construido en la Transición.

[Este artículo fue escrito a mediados de octubre por lo que cuando llegue al lector/a algunas hechos futuros a los que se hace referencia habrán tenido lugar.]

Josep Maria Antentas es profesor de sociología de la UAB. Miembro de Revolta Global-Esquerra Anticapitalista.